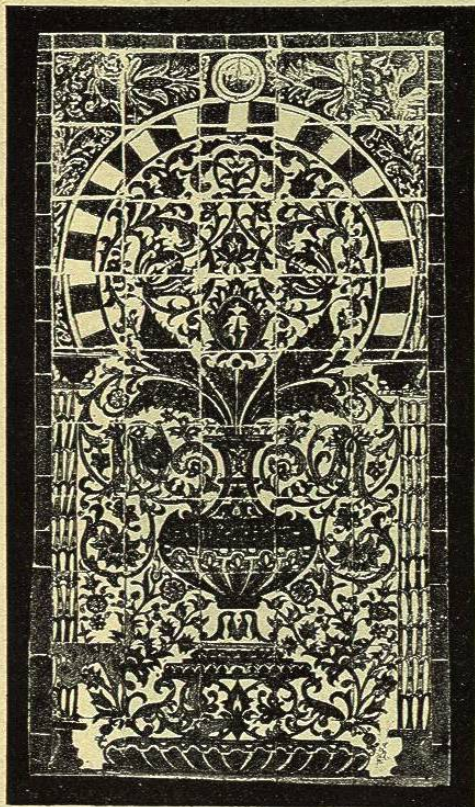


difícil como impedir á un perro cazador que persiga la caza; y si mirándolo bien no es del todo imposible lograrlo, semejante empresa requiere siglos enteros.

Hasta en el caso de no comparar á los Berberiscos sedentarios sino con los Arabes sedentarios, no conozco dato alguno que permita sostener que los primeros son más civilizables que los segundos; pues los acontecimientos históricos podrían demostrar lo contrario, por



Adornos de azulejos de una mezquita de Kairuán. — De fotografía

haber llegado el árabe á adquirir una elevada civilización, al paso que la del Berberisco ha sido bastante inferior. Tengo para mí que hoy en día el árabe y el berberisco son igualmente ineptos para adaptarse al modo de pensar, vivir y sentir de los Europeos; pues como para la mayor parte de éstos la civilización implica la necesidad de pasar la mayor parte del tiempo trabajando en una fábrica ó en un despacho, ó labrando la tierra diez ó doce horas diarias para tener el derecho de volver á empezar á hacer lo mismo al día siguiente, los Arabes y Berberiscos rechazan semejante manera de vivir, pues carecen de las necesidades artificiales que ha creado nuestra civilización, y se niegan á adoptarlas. El europeo no es otra cosa para el árabe y el berberisco que un señor á quien hay que tole-

rar cuando no se le puede rechazar, pero á quien debe rechazarse así que sea oportuno.

II

ESTABLECIMIENTO DE LOS ÁRABES EN ÁFRICA

La conquista de Africa por los Arabes fué mucho más difícil que la de Egipto; y si éstos lograron establecerse en ella fué lentamente. Los Berberiscos no cesaron de luchar con ellos, y varias veces llegaron á reconquistar su independencia.

Después de estar sometida á los Romanos durante largos siglos, los Vándalos de España habían dominado el Africa septentrional por espacio de más de cien años (429-545). Pero la expedición enviada contra ellos por Justiniano á las órdenes de Belisario, los arrojó de esta comarca. Invadiéronla á su vez los Visigodos de España, y todavía ocupaban parte de ella cuando los Arabes aparecieron.

Aunque la historia de las provincias africanas en la época de la llegada de éstos sea bastante oscura, con todo, sabemos que cuando el emperador Heraclio estaba próximo á empezar sus guerras con los nuevos conquistadores, el Africa disfrutaba de alguna tranquilidad, pues queriendo dicho monarca sustraerse á las revueltas de Constantinopla, pensó en embarcarse para Cartago y hacer de esta ciudad la capital de su imperio.

Pero la tranquilidad de Africa no era más que momentánea; y además de las invasiones que llegaban de fuera, la perturbaban de continuo las disensiones de las sectas religiosas. Lo mismo que Egipto, el Africa se había hecho cristiana, bien que no se propagó aquí el cristianismo sino derramando torrentes de sangre; de modo que cuando Constantino subió al solio, las sectas estaban poseídas de tales arranques de frenesí, que tuvo que calmarlas por medio de las armas.

Los Romanos y los Bizantinos habían fundado en Africa varias ciudades importantes, adornadas de monumentos, cuyas ruinas se hallan todavía; pero su influencia no era más que local, sin extenderse más allá de las mismas poblaciones; pudiendo así decirse que el Africa estaba más bien conquistada que colonizada.

La resistencia de los Bizantinos á los Arabes fué tan débil en Africa como lo había sido en Egipto, y sin los Berberiscos la conquista fuera rapidísima. Pero con tal energía se defendieron

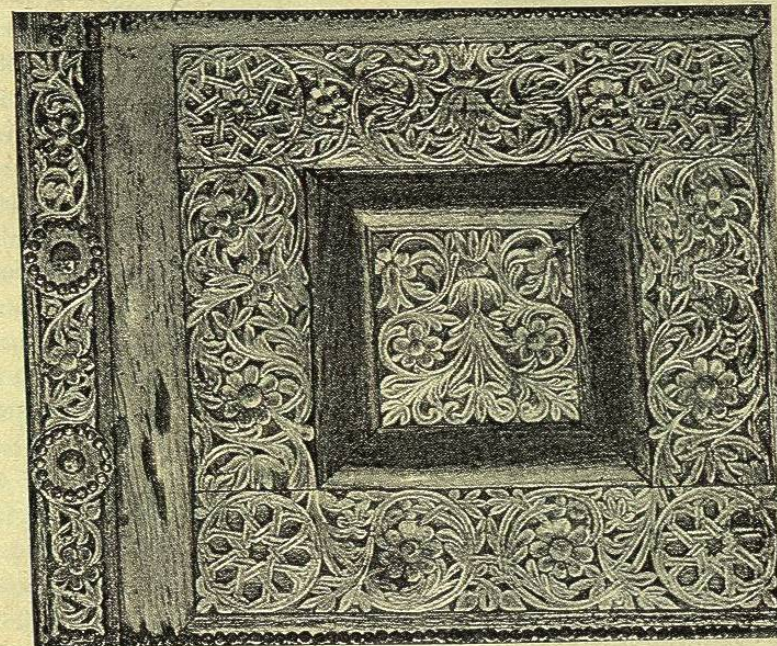
éstos, que los Arabes necesitaron nada menos que cinco campañas de casi medio siglo de duración para enseñorearse de todo el Norte del continente.

La primera invasión tuvo lugar el año 23 de la hégira (644 de J.-C.), penetrando en la Cirenáica, provincia contigua á Egipto, y de aquí pasaron á la Tripolitana, que sometieron. En 646 de J.-C. se apoderaron de varias ciudades, pero evacuaron todo el país mediante rescate. Veinte años después volvieron á aquellos mis-

mos sitios, y llevaron sus armas hasta el otro extremo de Africa, ó sea el Océano Atlántico.

En 675 fundan á Keruán, futura capital del Africa árabe. En 691 (69 de la hégira) se apoderan de Cartago y subyugan á un gran ejército de Berberiscos que Kahina, reina de estos últimos, había juntado para combatirlos. Y en 711 se consideran bastante fuertes para invadir España.

Hasta principios del siglo ix de nuestra era el Africa fué gobernada por emires, que los ca-



Escultura de un entrapaño de una mezquita de Kairuán. — De fotografía

lifas nombraban; pero desde Harún-al-Raschid la supremacía de éstos no fué allí más que nominal, y el Africa se gobernó por verdaderos soberanos independientes, que residían en Keruán. Desde 800 á 909 once príncipes árabes de la familia de los Aglabitas reinan en esta capital; el Africa disfruta de gran tranquilidad bajo sus reinados, y ellos emplean todos sus esfuerzos en la fusión de los Arabes y de los Berberiscos. Pero éstos llegan á derribar la dinastía, y reconociendo por califa á un príncipe fatimita de origen berberisco, hacen al Africa del todo independiente del califato de Oriente, al cual no estaba unida hacía tiempo sino por lazos nominales.

Hasta la invasión de los Turcos, en el siglo xvi, el Africa continuó gobernándose por dinastías berberiscas. Pero esta independencia le fué luego fatal; pues siguiendo esos instintos hereditarios de que hemos hablado y que siempre les impidieron formar una nación gran-

de, los Berberiscos se dividieron hasta lo infinito, dejando al Africa constituirse en pequeños reinos independientes, cada uno de los cuales pasaba el tiempo en guerra con otro, sin que la civilización llegara á ser nunca en ninguno una cosa notable.

No cabe juzgar de la influencia que los Arabes tuvieron en Africa sino recordando que su conquista se divide en dos períodos muy diferentes, cuyos resultados etnológicos no lo fueron menos.

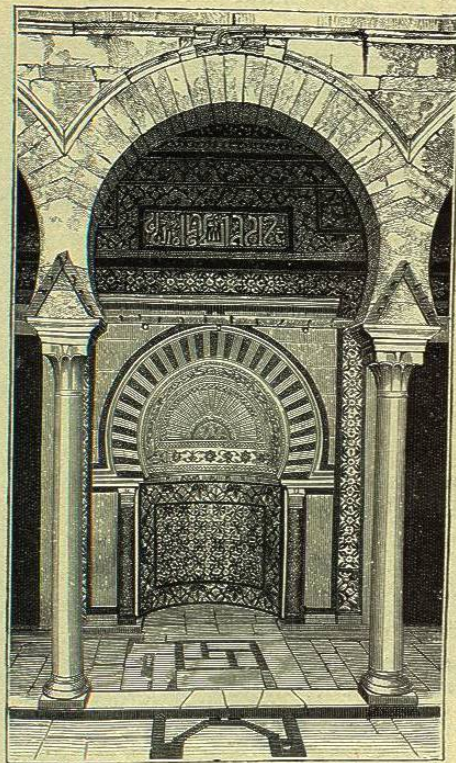
El primer período es la primitiva invasión en el siglo vii; pues entonces la conquista fué tan sólo una ocupación militar, que necesariamente hubo de ser muy restringida.

Si la invasión de los Arabes se hubiese concretado á esto, hubiera sucedido que, como en Egipto y en otros casos de parecida índole, después de un corto número de generaciones, los Arabes hubieran quedado absorbidos por la masa de los Berberiscos; y entonces, aunque la

influencia civilizadora les hubiese sobrevivido, la de la sangre se extinguiera rápidamente.

Pero la segunda invasión, hecha en grande escala, produjo resultados muy diferentes, porque como introdujo en el África un número considerabilísimo de Arabes, trasformó á una parte del pueblo berberisco en pueblo árabe.

Tuvo lugar esta invasión á mediados del siglo XI, en una época en que los Berberiscos habían reconquistado su independencia; de ella



Mirab de la mezquita Si-el-Kabib, en Kairuán.—De fotografía

resultó que los Arabes se desparramaron por todo el Norte de África, obligando á los Berberiscos á retirarse á las montañas del Tell y á las regiones del Sud. Componíanse los invasores de tribus procedentes del Hedjaz, en Arabia, que en tiempo de los Fatimitas habían sido acantonadas en el alto Egipto; pero como sus depredaciones habían dejado en breve tiempo del todo inhabitable el país que aquí ocupaban, el califa Mostanser determinó librarse de ellas enviándolas contra los Berberiscos de África.

Así, pues, más se pareció aquella llegada á la invasión de un pueblo en masa que al avance de un ejército. Los Arabes habían partido llevándose mujeres, hijos y ganados, valuándose por algunos autores árabes el número á un millón, y por otros á doscientos cincuenta mil tan sólo; bien que, según parece, la primera invasión fué seguida luego de otras muchas.

Esta inmigración se verificó con bastante lentitud, y no ocupó todo el Norte de África sino de un modo progresivo. Dos años después de principiada, tan sólo llegaba á la comarca de Trípoli. Avanzaban los Arabes paso á paso, introduciéndose por grupos en los valles y se mezclaban gradualmente con la población; pero como sus masas iban siempre en aumento, llegaron por el solo impulso del número á imponer en algunos siglos á los Berberiscos sus costumbres, religión y lengua, no dejando á los soberanos indígenas más que el poder nominal. Únicamente las tribus rechazadas hacia las montañas del Tell y hacia algunas regiones del Sud se sustrajeron á la influencia extranjera.

Los resultados de estas invasiones nada tuvieron de civilizador, porque los nómadas de la Arabia siempre han llevado una vida medio salvaje, incompatible con toda cultura verdadera, y no cambiaron en África de modo de vivir. Entonces la civilización que empezaba á desarrollarse en la tierra africana se fué extinguiendo rápidamente, y las luchas intestinas de las tribus, así como las que sostuvieron diferentes dinastías rivales de algunas provincias independientes, acarrearón en breve tal decadencia que cuando los Turcos en el siglo XVI se presentaron en Argel, poco trabajo les costó apoderarse del Norte de África, siendo Marruecos el único estado árabe que conservó su independencia. Todavía hoy la conserva este país, pero sin sobreponerse á la decadencia que había caído gradualmente sobre todas aquellas regiones. Así es que la ciudad de Fez, que en el siglo X era una rival de Bagdad, y contenía, según los historiadores árabes, 500,000 habitantes, 800 mezquitas y una biblioteca abundantísima en manuscritos griegos y latinos, es hoy en día una ciudad medio arruinada; y la misma población de Marruecos, que se reduce ahora á siete ú ocho millones de individuos, es el producto bastardeado de cruzamientos entre Arabes, Berberiscos y Negros.

III

MONUMENTOS DEJADOS POR LOS ÁRABES EN EL ÁFRICA SEPTENTRIONAL

Aunque la civilización árabe de África no alcanzó nunca la brillantez de la de Egipto ó de la de España, el África poseyó ciudades importantes y algunos monumentos notables, particularmente en tiempo de los Aglabitas, los cua-

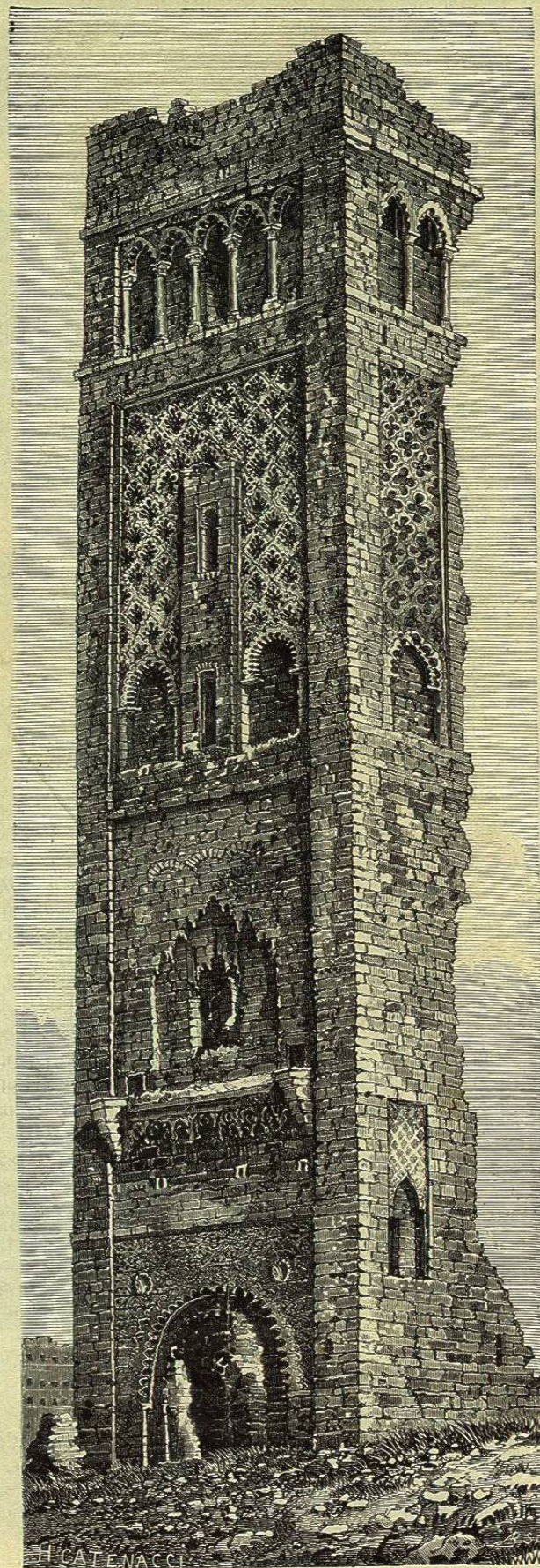
les fundaron ciudades como Keruán, Túnez y Fez, ó trasformaron otras que apenas existían antes de ellos, por ejemplo Tlemecén, Argel, Bugía, etc. Sin embargo, el esplendor de estas ciudades fué muy efímero, pues las rivalidades de los Berberiscos, su corta aptitud para la civilización, la llegada de Arabes nómadas, y finalmente la carencia de centros importantes, como Bagdad en Oriente, y el Cairo en Egipto, eran condiciones nada favorables al progreso de la civilización. Así es que no debe esperarse hallar en el África septentrional edificios árabes de la originalidad y riqueza que los de España y Egipto; y según se verá en el capítulo que dedicaremos á la historia de la arquitectura de los Arabes, estos últimos no llegaron nunca en África á sustraerse á la influencia bizantina. Por ahora nos reduciremos á una sencilla enumeración de los monumentos más notables, prefiriendo sobre todo los religiosos, que casi son los únicos que subsisten: lo mismo hemos hecho en otras partes.

Mezquita de Keruán.—Fundó esta ciudad el célebre Okba, conquistador de África, y mandó edificar en ella el año 55 de la hégira (675 de J.-C.) una gran mezquita, que fué reconstruida varias veces, particularmente el año 205 de la hégira (820 de J.-C.). Está coronada de cúpulas abocinadas, y forma un cuadrilátero cercado por una pared maciza, á la cual domina un minarete consistente en una torre cuadrada, de base muy ancha, y rematada en tres pisos sucesivamente reentrantes. Este estilo de torre cuadrada aplicado á los minaretes es muy común en el África septentrional, y de seguro que no lo fué menos en España.

Aunque la gran mezquita de Keruán y los demás edificios religiosos de esta ciudad hayan sido muchas veces restaurados, encierran, según en otro capítulo veremos, un interés arqueológico muy importante. Pero hasta poco tiempo há ningún europeo había podido visitarlos, de modo que no estaban descritos en ninguna obra.

El mismo Okba, que fundó á Keruán, fué enterrado cerca de Biskra, y la mezquita donde está colocado su sepulcro, llamada mezquita de Sidi-Okba, es actualmente el más antiguo monumento religioso del islamismo en África, y posee igualmente un minarete cuadrado.

Mezquita de Sidi Bou-Medina, cerca de Tlemecén.—Fué antiguamente Tlemecén capital del Maghreb central, y su mezquita data del 739 de la hégira (1388 de J.-C.). Contiene este edificio entre sus dependencias una escuela, que



Torre de Mansurah